

antropología 3er mundo

Selección de artículos

Introducción de Guillermo Gutiérrez y estudio
analítico de Ana M. Barletta y M. Laura Lenci

Incluye DVD

Colección completa de la revista
desde 1968 hasta 1973



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Librería García Cambello

antropología **3er mundo**

Selección de artículos

**Introducción de Guillermo Gutiérrez y estudio
analítico de Ana M. Barletta y M. Laura Lenci**

Incluye DVD

**Colección completa de la revista
desde 1968 hasta 1973**



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Índice

<i>Antropología 3er. Mundo. Cuatro décadas, algunas reflexiones sobre el contexto de origen. Guillermo Gutiérrez</i>	5
Politización de las Ciencias Sociales en la Argentina. Incidencia de la revista <i>Antropología 3er. Mundo</i> 1968-1973. Ana M. Barletta y M. Laura Lenci	17
Índice de la colección completa de <i>Antropología 3er. Mundo</i>	27
Selección de artículos. Reproducciones facsimilares	33
El Noroeste argentino: Tucumán. Marcelino Fontán	35
El formalismo en las Ciencias Sociales. Roberto Carri	51
El formalismo en las Ciencias Sociales (2da. Parte). Roberto Carri	55
De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex-cátedras nacionales	69
Crónicas de la resistencia	77
Escritos cubanos (II). Antes de la invasión. John William Cooke	85
¿Quién proscribe a Perón? Rodolfo Walsh	89
Escritos inéditos. John William Cooke	91
La Iglesia del Tercer Mundo. El desafío de la liberación. Norberto Habegger	99
La tercera posición justicialista y el marxismo. Norberto Wilner	111
<i>Documentos de nuestra época. Los "derechos históricos" de Israel.</i> Coloquio de Juristas Árabes	123
Notas sobre el pensamiento nacional. Gunnar Olsson	137
El peronismo II. La resistencia peronista. Crónica por los resistentes	151
Crónica por un resistente	153

Una pequeña linterna

Antropología 3er. Mundo nació en un contexto universitario en el que había que remontar río arriba para rescatar esa línea de “lo nacional”. Pero, sin dudar, la universidad –particularmente las humanidades y la sociología– fue la “región objetivo” de la revista, y a la vez su principal fuente de alimentación de ideas y materiales.⁵ Es fundamental dejar clarificado este hecho al momento de esta reedición, porque a la distancia de años podría perfectamente distorsionarse la impronta de origen, atribuyéndole como mérito haber tenido un destino de bases, o de calificación militante de otro nivel. Esa función era cubierta, en ese momento, por otros órganos de prensa militante, sea que llegaban a un determinado sector de los trabajadores (el periódico *CGT de los Argentinos*) o a sectores político-ideológicos claramente definidos (*Cristianismo y Revolución*). *Antropología 3er. Mundo*, en forma manifiesta, se planteó ser un instrumento de intelectuales orgánicos y vinculados fuertemente al trabajo universitario, independientemente del hecho de que muchos de quienes participamos en la publicación tuviéramos alguna militancia en los ámbitos de distintas organizaciones.

Pero esa impronta de función intelectual implicó, de todos modos, un compromiso con el proceso que comenzaba a gestarse en la misma universidad, ya no con la idea de hacer política universitaria sino tratando de transformar a la universidad en una herramienta que pudiera incidir en la realidad política global. Esta idea implicaba una diferencia sustancial tanto con las prácticas tradicionales del movimiento estudiantil orientado hacia objetivos gremiales, como con las posturas de izquierda que pregonaban la “unión obrero-estudiantil”, pero que no consideraban la posibilidad de que las mismas universidades se transformaran en actores de calidad y propósitos institucionales radicalmente distintos. La contradicción de este planteo se basaba en una concepción de compartimentos estancos, en el que la universidad era el “lugar del saber” que, mediante una operación militante, debía asociarse al proletariado en su calidad de vanguardia. Un extremo de esta posición eran los estudiantes o jóvenes profesionales que entraban a trabajar en las fábricas.

⁵ Especialmente hasta el N° 9. Los números 10-11-12 contaron también con colaboraciones provenientes de periodistas y militantes.

La intervención Ivanisevich-Ottalagano de 1974 puso en evidencia la rapidez y contundencia con que estaba avanzando ese proceso de transformación de la universidad en un instrumento de acción política.

Sin embargo, el inicio del mismo no debería reducirse a la etapa inaugurada por Rodolfo Puiggrós en 1973, sino a los acontecimientos que comenzaron a darse a los pocos meses de instaurado el gobierno militar de Onganía. Durante ese lapso, la actividad política en las universidades –al igual que en el conjunto de la sociedad– comenzaba a reorganizarse lenta y cuidadosamente. El onganiano mantenía férreamente el poder, aunque nunca sus métodos alcanzaron la magnitud de la tragedia represiva que caracterizó a la dictadura militar surgida en 1976.

En 1968, la Universidad de Buenos Aires sufría aún el impacto de la intervención ordenada por los militares, apenas producido el golpe de 1966. Una de las consecuencias había sido la renuncia de docentes, particularmente de los más comprometidos con posiciones de la izquierda tradicional y que expresaban su protesta por la “noche de los bastones largos” en Ciencias Exactas.

De todos modos, fueron muchos los docentes que, desde una perspectiva profesionalista en algunos casos, o por una percepción táctica en otros, permanecieron en sus cargos. Entendieron que era más importante continuar dando la batalla desde la misma cátedra, aun con el riesgo de ser expulsados (lo que ocurrió en muchos casos), que refugiarse en una actitud apenas testimonial.

La suplantación de estos docentes y la continuidad de la actividad universitaria dio paso a una etapa anodina y descomprometida; el baldazo de agua fría que había significado la intervención a las casas de altos estudios, la disolución del Congreso y la remoción de la Corte Suprema fueron impactos suficientemente importantes como para neutralizar, en un primer tiempo, cualquier tipo de expresión o acción virulenta. La consigna “desensillar hasta que aclare” primó durante los primeros meses del gobierno de Onganía, más por el desconcierto que por el miedo. Desconcierto profundizado por un primer acompañamiento a los militares por parte de sectores importantes del sindicalismo, entre los que sobresalieron los metalúrgicos liderados por Augusto Timoteo Vandor; aunque también debemos dejar en claro que fueron las organizaciones sindicales las que mantuvieron espacios de acción y militancia y, en muchos casos, facilitaron ámbitos para las reuniones y diversas formas organizativas.

No en todas las universidades o facultades fue similar la repercusión de estos hechos. Tal vez el caso más diferenciado fue el de Filosofía y Letras de la UBA, y especialmente la carrera de Sociología que, desde su creación en 1957, era epicentro y animadora de un espacio crítico y de elaboración intelectual.

Todo indicaba que las políticas de la “revolución argentina” de los militares determinarían la desaparición de esta carrera atravesada, en cada etapa de su existencia, por las tensiones del contexto político-cultural.

La designación de nuevos profesores, varios de ellos sacerdotes católicos y provenientes de otras disciplinas y experiencias, pareció en un primer momento convalidar esos temores. Sin embargo, esta hipótesis provenía del desconocimiento de lo que estaba ocurriendo en “universos paralelos” a la tradición marxista y/o cientificista que predominaba en la carrera. La causa era simple: hasta el momento, casi ajena a cualquier otra práctica intelectual que no estuviera centrada en el marxismo, el funcionalismo, o varias expresiones cientificistas, la “mayoría sociológica” desconocía muchas de las transformaciones que habían experimentado diversas fuerzas sociales e ideológicas, y que impulsaban en América Latina. Las Conferencias de Puebla y Medellín, la participación de curas o militantes católicos en diversos movimientos populares, incluida la guerrilla, el diálogo con el marxismo y el surgimiento del movimiento ecuménico constituían una

nueva realidad política y de pensamiento. El nuevo panorama de FFyL hizo que, a contrapelo del plan militar, lejos de convertirse en un reducto clerical, comenzara a vincularse con estos fenómenos que repercutían en amplios sectores populares del continente.

Este reconocimiento de las nuevas realidades entroncaba con otro factor: en la historia política de la facultad (y la carrera de Sociología no era la excepción) el peronismo era el gran ausente desde 1955. No era casual, porque desde la visión construida por la “libertadora” y reciclada en forma permanente por el liberalismo de izquierda y de derecha, peronismo significaba populismo, cesarismo o directamente fascismo. En la perspectiva de la derecha liberal el peronismo era “irrescatable para la democracia” –incorregible, diría Borges– en tanto para la izquierda tradicional solo la “conversión” de los peronistas resultaría en la participación de las masas en un proceso revolucionario.

El punto más alto de esta concepción había sido expresado por Vittorio Codovilla en 1963, en su cuaderno “Por la acción de masas hacia la toma del poder: el giro a la izquierda del peronismo”. Pero ni el “giro” ni la estrategia enhebrada para colocar al Partido Comunista al frente de esas masas “giradas” dio resultado. Paradójicamente, muchos militantes comunistas que, siguiendo esas directivas articularon actividades con grupos peronistas, se transformaron ellos mismos en peronistas.

La negación del peronismo en la Facultad de Filosofía y Letras se manifestó también, durante años, en la ausencia o suma debilidad de agrupaciones estudiantiles peronistas. ANDE (Asociación Nacional de Estudiantes) y FANDEP (Federación Nacional de Estudiantes Peronistas) eran manifestaciones aisladas y con bajo nivel de afiliación.

Si esto sucedía en la universidad, distinta era la situación del peronismo a nivel general. Independientemente de la prohibición de hacer política que impuso el gobierno militar, las organizaciones peronistas –de diferentes orígenes y orientaciones– aprovechaban la experiencia de trabajo en la clandestinidad, ganada desde 1955 en la resistencia, y generaban diferentes formas de actividad, muchas de ellas a plena luz del día. La prohibición sufrida por los partidos políticos no afectaba esa riqueza organizativa porque el partido Justicialista tenía poca o ninguna relevancia en el esquema del Movimiento, y solo la cobraba en momentos electorales.

Una de las formas de burlar el cerco de prohibiciones a la acción política fueron, en esa etapa, los ateneos. Y ese fue el origen de *Antropología 3er. Mundo*: originalmente –con Ricardo Álvarez Capdevila, primer secretario de redacción de la revista, planificamos crear un ateneo o centro de estudios. Por diferentes motivos desistimos rápidamente y así surgió la idea de crear una publicación de orientación nacional y a la vez vinculada a la Antropología, ya que ambos éramos estudiantes de esa carrera y también adherentes a ANDE.

Y esta idea se fortaleció y concretó, definitivamente, cuando constatamos que en la facultad estaba actuando un pequeño grupo de docentes afines con lo que definíamos, tempranamente, como “pensamiento nacional”.

En ese momento el objetivo era modesto: desde un formato que sintetizara “ciencia social”, “política” y “pensamiento nacional”, tener otra vía de participación en la actividad política que, preveíamos, iba a reanudarse muy pronto, dada la efervescencia que comenzaba a notarse en diferentes estamentos dentro y fuera de la universidad.

La propuesta, decimos, era modesta, porque también teníamos clara conciencia de las limitaciones del peronismo en los niveles universitarios, según lo expresado en el párrafo anterior. Tal vez debido a esa cautela fue que la nota de presentación del primer número de la revista tomaba como propio un antiguo proverbio chino: “vale más encender una pequeña linterna que maldecir la oscuridad”.

Los paradójicos efectos de un golpe militar

El 29 de julio de 1966 el gobierno de Onganía intervino la Universidad de Buenos Aires. Hubo episodios de violencia en la Facultad de Ciencias Exactas, y se produjo la renuncia de muchos docentes. El golpe se había producido hacía ya un mes, y durante ese período la actitud universitaria había sido la cautela absoluta. Salvo la declaración del rector, Hilario Fernández Long, el mismo día del golpe, en la que llamaba a defender la autonomía y las autoridades elegidas por los claustros, y algunas otras actividades de grupos de izquierda, la comunidad universitaria no tuvo mayores reacciones.

Consumada la intervención, el paso siguiente de la dictadura fue imponer una nueva ley de educación, la 17425, que suprimió la autonomía (1966) y el gobierno tripartito (1967).

Se abrió entonces un espacio inédito para la comunidad universitaria: todo parecía indicar que las luchas se retrotraían prácticamente a 1918, año de la Reforma.

El período inmediato pareció poner en blanco sobre negro la finalidad ideológica de las medidas tomadas. No se trataba, como livianamente podía suponerse, de reprimir el activismo gremial-estudiantil en las casas de estudio, sino de neutralizar a los sectores ideológicamente más peligrosos desde la perspectiva del anticomunismo rudimentario que manejaban los militares. A la vez, no se trataba simplemente de reprimir y prohibir, sino de hacerlo en consonancia con el ofrecimiento de alternativas relacionadas, de alguna forma, al “comunitarismo”, que nunca nadie supo definir. En ese sentido, tal vez el punto más alto de la experiencia fue el “participacionismo” propuesto en Córdoba por el interventor Caballero, que tuvo un final dramático en 1969, con el Cordobazo.

El plan tenía un objetivo preciso: neutralizar el espacio que, probablemente, los militares concebían como la principal fábrica de marxistas de la Argentina. De ahí la ofensiva sobre la FFyL y, especialmente, sobre la carrera de Sociología.

El proceso posterior fue demostrativo de la debilidad de los arbitrios políticos, sobre todo cuando quienes pretenden ejecutarlos desconocen o hacen caso omiso de los contextos que propone la realidad. Realidad, en esos años '60, como decíamos al principio de esta nota, significada por una suma de relevantes acontecimientos y protagonistas, todos ellos direccionados hacia la búsqueda de un cambio profundo de las sociedades latinoamericanas.

La intervención de las universidades por el gobierno militar se realizó con el propósito manifiesto de “ordenar”, pero su objetivo principal era, en realidad, dismantelar los mecanismos de discusión y elaboración que los militares consideraban instrumentos de la ideología marxista.

En el caso de la FFyL el desafío fue mayor, dadas las características de algunas carreras, principalmente Sociología. En este caso fue necesario recurrir a medicinas más fuertes, y seguramente con la idea de “exorcizar” al demonio izquierdista y subversivo fue convocado un grupo de profesores de extracción católica, algunos con fuerte formación integrista.

En el caso de Sociología, en la camada de nuevos docentes se destacaron Justino O'Farrell, un cura con fuerte formación teológica, y Gonzalo Cárdenas, sociólogo graduado en Lovaina y afiliado a la Democracia Cristiana. Al frente de materias clave de la carrera, como Sociología Sistemática, Introducción a la Sociología, Historia Social y varios seminarios, formaron un equipo de docentes de ideas renovadas. Sea por su propio impulso intelectual, sea porque el impacto de las nuevas corrientes postconciliares del catolicismo habían producido en ellos importantes cambios de perspectiva, tanto O'Farrell como Cárdenas generaron un espacio nuevo, inédito en la FFyL, que permitió la apertura hacia la discusión desde la perspectiva nacional y el peronismo. Lejos de introducir la cuña católica integrista que esperaban los interventores de la universidad,

la experiencia inauguró un nuevo debate de ideas, fuertemente vinculado con las corrientes revolucionarias que recorrían América Latina, y que muy pronto eclosionarían en nuevas formas organizativas en el país.

A fines de 1968 cualquier relación con el catolicismo integrista se había disuelto y comenzaba a extenderse la denominación de “los nacionales” para referirse al proceso iniciado en algunas materias de Sociología.

En 1969, Introducción a la Sociología y Sociología Sistemática producían la primera actividad masiva de las que ya se denominaban “Cátedras Nacionales”. Es en este momento que *Antropología 3er. Mundo* fortaleció su orientación ideológico-política, comenzando a convocar a colaboradores que, dentro de una diversidad bastante amplia, convergían en las ideas nacionales. Algunos de ellos eran docentes de las Cátedras Nacionales, en tanto otros provenían de otras experiencias, no solo de la FFyL, sino también de diversas expresiones y grupos populares. Y si bien el N° 1 esbozaba ideas fuertes, sería en el N° 2 donde claramente quedaría establecida la concepción de fondo que guiaría a la revista en todo su devenir.

Como interpretación de este proceso, es interesante el enfoque que Ana María Barletta y Laura Lenci realizan desde una posición totalmente externa y elaborada exclusivamente a partir de la lectura del material:

“Siguiendo la publicación de la revista se puede encontrar un hilo conductor para comprender la lógica del razonamiento de este colectivo: se parte de un proyecto académico basado en la necesidad de superar la falsa dicotomía entre el marxismo y el cientificismo; de allí se pasa a análisis basados en la cultura como fenómeno central para interpretar y transformar la realidad argentina. Pero les interesa una cultura atravesada por el poder, y por más antropológico que sea su concepto ya se ha advertido que hay una cultura popular y una ilustrada que expresa la dominación. Esa cultura popular, que ‘surge como arma fundiendo las propias creaciones y los mitos coloniales deglutidos’, se expresa en la Argentina por medio del peronismo, que aparece como la única opción posible a pesar de las divisiones y polémicas en el seno de las cátedras entre ‘jau-retcheanos’ y ‘cookistas’, suscitadas por la posición respecto del marxismo y de la autonomía del ‘pensamiento nacional’. Sin embargo el peronismo recién aparece explícitamente mencionado en la segunda parte del artículo ‘El formalismo de las ciencias sociales’ de Roberto Carri en el número 2: ‘Para nosotros, ser nacionalistas y revolucionarios es ser peronistas. En la Argentina de 1969, el peronismo es la definición revolucionaria en la cual se encarna el odio de la oligarquía y de la intelectualidad cipaya de derecha e izquierda y que además tiene para mostrar a los ideólogos de la revolución mental una serie de derrotas y mártires que enorgullecen al pueblo argentino. Porque los vanguardistas de la clase proletaria ni derrotas tienen para hacer ver que existen’. A partir de aquí pareciera ser que solo desde el peronismo se puede hacer una ciencia social que no colabore con los ‘centros de dominación imperial’. Y explicita que ‘una ciencia al servicio de la liberación nacional se construye como respuesta militante a la ofensiva cultural del imperialismo’. Aquí cierra la lógica del razonamiento y la militancia peronista se empalma directamente con la construcción del proyecto académico de las ciencias sociales que, paralelamente será construcción conceptual y práctica política para el socialismo nacional. (Barletta-Lenci, 2001)

Algunas conclusiones

Como decíamos en párrafos anteriores, la producción de un medio de prensa como *Antropología 3er. Mundo*, el proceso de las Cátedras Nacionales, la generación, importante en número

y calidad, de otros medios militantes, fue posible por el contexto histórico, político e ideológico que los albergó y al que devolvió información, análisis y conceptualización mediante formas y metodologías que se demostraron eficaces para el movimiento intelectual militante de la época.

Leída desde el presente, también debemos reconocer las limitaciones que la misma plataforma de ideas planteó a la revista. La principal fue la bandera de la “primacía de la política” convertida en causa y metodología de análisis exclusiva, casi hasta la exasperación.

Una limitación muy determinada por el cuadro radicalizado que imponían las circunstancias, pero que impidió incorporar otros grandes temas que, con el correr de los años (pocos años, en verdad) se iban a cristalizar en los grandes lineamientos de un nuevo conflicto ideológico, político y cultural: la Comisión Trilateral y el concepto de los límites del crecimiento; la estrategia de la Sociedad de Monte Peregrino, inspirada por Friedrich von Hayek, para imponer las ideas ultraliberales aplicando una estrategia de cooptación muy eficaz, que impactó en varios movimientos populares de América Latina (el peronismo entre ellos); las nuevas problemáticas ambientales, que no solo incidirían en las posibilidades de sobrevivencia de nuestros pueblos, sino que también generarían nuevas estrategias de acción de las superpotencias; los profundos cambios culturales en las dimensiones de género, opciones sexuales, derecho a decidir de las mujeres; las nuevas luchas de los pueblos originarios; la gestación de nuevos movimientos populares; la metodologías de Freire como promoción de los procesos de concientización popular... Todas estas temáticas, en aquel '73 que nos parece tan lejano, formaban parte en múltiples lugares y colectivos de acción, de una agenda novedosa que incidiría fuertemente en la sociedad nacional, tanto durante la dictadura como en el proceso posterior. Esta agenda se iba prefigurando y constituiría la materia de nuevas prácticas de acción política y social ante una nueva y poderosa realidad: la globalización, que no es solo un proceso de internacionalización económica, sino también un potente entrelazamiento cultural, social e ideológico motorizado por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información.

Vemos entonces cómo, varias décadas después, el conflicto entre lo nacional y la limitación del concepto de nación, entre lo local y lo universal, reaviva y recicla las tensiones en niveles y enfoques nuevos, pero que siguen implicando tanto la lucha por la identidad como por la sobrevivencia: *“...el proceso (de globalización) produce la ‘fragmentación del hábitat cultural’ de las sociedades nacionales y regionales. Los núcleos culturales significantes, y que son resultado de una elaboración comprobable en la historia de cada sociedad, son reemplazados por productos culturales sintéticos, aceptables por una gran diversidad de públicos en la medida en que son suficientemente ambiguos como para ser consumidos acriticamente. Para las sociedades nacionales esto implicará, a la larga, la disolución de imaginarios colectivos creados genuinamente por los pueblos, y su reemplazo por otros imaginarios, elaborados por los técnicos y los profesionales del espectáculo y la información, e impuestos por el poder mass-mediático. Otra característica del fenómeno de la globalización es que el espacio cibernético trasciende toda frontera o límite aduanero. Hay una serie de aspectos que ya son difíciles de controlar por los gobiernos. Pero si bien el espacio cibernético puede trascender fronteras, no por eso se distribuye homogéneamente hacia el interior de las diversas sociedades: llega de manera diferenciada a los distintos sectores sociales, y potencia la fractura y conflicto entre los mismos.* (Gutiérrez, 1996)

Son los desafíos que, más que nuevos, representan en realidad la resignificación entre la vieja dicotomía: destino de sociedad soberana y plena o resignación de la voluntad nacional a los intereses que en esta etapa se reformulan como estado transnacional. Y esta dicotomía estructural sigue presentando, en paralelo, la escisión entre pensamiento nacional o concepción dependiente. Nuevas palabras, nuevas formas, nuevas máscaras, pero en lo esencial la contradicción entre una u otra plataforma de ideas y de acción mantiene su vigencia.

Por esa razón cobra importancia que, en este momento, estemos verificando el reverdecir de grupos y organizaciones dispuestos a rescatar los aportes que, a lo largo de la historia argentina, fueron construyendo pensamiento nacional.

Esa misma reafirmación, con los perfiles propios de cada etapa, estuvo en la esencia del proyecto de *Antropología 3er. Mundo*, y se fortaleció en su interacción con las Cátedras Nacionales y con otras expresiones de militancia política e intelectual de aquella época. Resulta fundamental en esta etapa de retroceso de las luchas populares, de crisis de los paradigmas que por años iluminaron esas luchas, continuar elaborando y actuando “desde las orillas de la ciencia”. Significa, definitivamente, trabajar para seguir fortaleciendo otra ciencia, la que brota de la cultura popular y los subsuelos del territorio. Después de años de dictadura, neoliberalismo sin anestesia, progresismos variopintos, privatizaciones de los bienes soberanos, expoliación de los recursos mineros, del suelo, del trabajo, el gran instrumento al cual podemos recurrir es, precisamente, a la recuperación de los Jauretche, los Hernández Arregui, los Cooke. Y también a la producción intelectual de aquellos compañeros hoy ausentes, con los que construimos *Antropología 3er. Mundo* como un pequeño aporte a la causa popular.

Ese es el sentido que, creemos, significa esta reedición de la revista. Por un lado, como rescate de un período de excepcional dinamismo en la acción intelectual-militante; y, fundamentalmente, para que lo hecho antes contribuya al debate de ideas y compromisos pendientes del pensamiento nacional de hoy.

Bibliografía

- Barletta, Ana María y Lenci, Beatriz, “Politización de las Ciencias Sociales. La incidencia de la revista *Antropología 3er. Mundo*. 1968-1973”, en *Revista Sociohistórica*, Facultad de Humanidades, Univ. de La Plata. La Plata, 2001.
- Carpentier, Alejo, *El siglo de las luces*, Galerna, 1967, p. 24.
- Cooke, John William, *La lucha por la liberación nacional*, (1959), reeditado por Papiro, Buenos Aires, 1971.
- Ford, Anibal, *Desde la orilla de la ciencia*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.
- Gutiérrez, Guillermo, “Identidades locales/redes de cultura globalizada”, en *Dynamics of Communication and Cultural Change. The Rol of Networks*. Culturelink, Zagreb 1996. pp. 91.
- Masera, Fredy (coord.), *La meseta Patagónica de Somuncura*, Gobierno de la Prov. de Río Negro, 1998.

Reconocimientos

La producción de *Antropología 3er. Mundo* contó, además del aporte de los autores de los artículos, con la colaboración en diversas tareas y formas de apoyo de otros compañeros y compañeras:

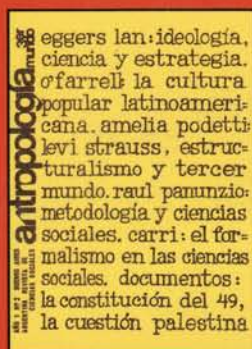
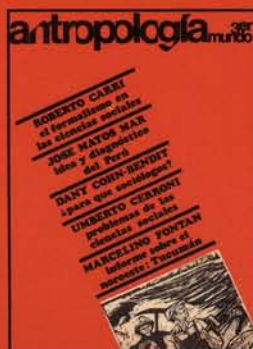
Rubén Sosa diseñó el logotipo y varias tapas; en apoyo logístico y secretaría de redacción participaron, en diferentes momentos, Cristina Merediz, Adriana Fava y Susana Pipkin.

Alicia Eguren cedió a la revista los “Escritos inéditos” de John William Cooke, su compañero, en un gesto militante.

También debemos reconocer el apoyo de libreros y kiosqueros de Buenos Aires y otros puntos del país, que nunca retacearon la posibilidad de exhibir y vender la revista, a pesar de las limitaciones en vigencia. En ese sentido tenemos un recuerdo especial para el mítico amigo Hernández y para Miguel Hurst, que hizo de la librería *Cimarrón* un ámbito de encuentro y discusión de ideas y de divulgación de materiales del pensamiento nacional.

Un reconocimiento especial es para la UNE-Unión Nacional de Estudiantes, que difundió la revista en Córdoba, Santa Fe, Rosario y otras localidades del interior, al igual que para el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, distintos nucleamientos del Peronismo de Base y el Centro de Estudiantes Peronistas (CEP) liderado por Leonardo Bettanín. La agencia NACLA, de Estados Unidos, y el Centro de Estudios Terzo Mondo, de Milán, fueron proveedores de información y contactos, al igual que la corresponsalía Buenos Aires de Inter Press Service.

Finalmente, y ya en la etapa actual, debemos destacar la iniciativa de los compañeros de la Agrupación Evita, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y del Centro de Estudios J. J. Hernández Arregui, de La Plata, que idearon e impulsaron esta re-edición de *Antropología 3er. Mundo*.



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

ISBN 978-987-1450-50-3



9 789871 450503